

HILARIO TOPETE LARA

Más sentidos, menos palabras

Hace más de cuatro décadas era frecuente que los profesores de secundaria se empeñasen en que sus pupilos leyeran el *Quijote*, incluso atacando al inicio de cada clase un capítulo por vez. Algunos de los docentes que así procedían estaban seguros de que la obra cumbre de Cervantes tenía casi todas las palabras de la lengua española y que con su lectura se enriquecía el léxico. También, para ese tiempo, era común que se sugiriese el aprendizaje diario de al menos diez palabras del diccionario con la esperanza de que a la vuelta de dos décadas se manejase casi todo el vocabulario en español.

Personalmente, en más de alguna ocasión me pregunté, años atrás: “¿Cuántas de las palabras utilizadas en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* había inventado su creador?” No lo sé, pero casi podría apostar que ninguna. Entonces, ¿dónde radica la genialidad de Cervantes si usó las mismas palabras que pudo haber utilizado cualquier erudito de su tiempo? La genialidad de Cervantes, estoy seguro, es la misma que la del poeta y el científico: el uso de las mismas palabras —diversas, y en cantidades industriales—; pero en diferente forma, de manera inusual. Cervantes simplemente inventó combinaciones de palabras aprendidas, de circunstancias imaginadas y, en el caso del poeta, de traslado de relaciones desde un nivel discursivo a otro; se trata, en el peor de los casos, de nuevas combinaciones de cosas viejas. Creatividad pura, pues.

Con la filosofía, me parece, pasa lo mismo. Y como no soy filósofo, ni poeta, quizá estoy fabricando mi propia casa de jabonero y a cada paso resbalaré

LA COLMENA 73, enero-marzo 2012

y quizá caeré para levantarme y volver a resbalar, hasta el ridículo total, la ignominia o la muerte de mi reputación. Con aquella disciplina ocurre algo similar, porque el ejercicio, la práctica que la caracteriza, es la reflexión, la acción de regresar —y de forma diferente— sobre cosas viejas. En ese sentido, entre la poesía y la filosofía hay muchas afinidades. Pero, además de las afinidades, ¿hay algo intermedio entre ellas? Intuyo que sí, aunque no puedo afirmar categóricamente cómo, ni dónde.

Hace unas semanas llegó a mis manos *Amigos, la vida es irónica (paradojas, máximas y reflexiones)* de Mijail Malishev, un inusual libro de aforismos, de esos que ya no se hacen y que aparecen como fantasmas anacrónicos que equivocaron el tiempo o que huyen de su época dorada, en los siglos de oro o los tiempos de Séneca. De inmediato lo hojeé (y lo ojeé irremediablemente) y mi vista se posó en un aforismo que reza así: “Recurrir a la idea de la ‘mala suerte’ es un ‘derecho’ del fracasado para reconciliarse consigo mismo”. De inmediato, sin saber por qué, me vino a la mente Cioran, codo con codo con Da Jandra y Nietzsche, aunque no logro averiguar aún por qué. Segundos más tarde, mi cerebro estaba reelaborando lo leído con una idea que había escrito años atrás: “La mala suerte es el pretexto de quienes se niegan a reconocer sus responsabilidades o de quienes son incapaces de pensar en mejores relaciones causales”; pero la forma de pensarlo era demasiado convencional, porque, reconozcámoslo, un aforista sólo puede serlo a condición de poseer un buen manejo de la lengua y un ingenio punzante, sintetizante, conciso, atinado, elevado, a veces con alto sentido del humor, y provocador. Justamente allí está una de las claves del encanto tanto del aforismo citado como del resto del libro de Malishev. El lector no puede leer sin consecuencias: el delito —y el deleite— está en la lectura; la pena (la dulce pena) es la estampida de ideas que pueden desatarse en la mente del lector.

Es usual que en casi todas las sociedades se use la culpa como una forma de control; sin embargo, hay culpas que liberan, por eso, quien quiera sentirse culpable de repensar, de reflexionar, puede abrir un libro de aforismos como el citado, en cualquier sitio, página o párrafo, y leer. Allí la aventura inicia, eso puede afirmarse sin cortapisas; pero, como la vida, nunca sabemos cuándo terminará (la muerte es un enigma que sólo descifran quienes ya no viven para contarlos y para cuando lo cuentan, lo que cuentan carece de sentido para ellos). Principia una andanza que puede ser lujuriosa en sonrisas, sorpresas e ideas que podrían manar a borbotones; pero también podría tratarse de un recorrido fecundo en interrogantes.

En otra ocasión volví a abrir el libro en una página al azar y leí: “Soy esclavo de mi propia imagen. Quizá, pudiera ser más objetivo si me viera con los ojos ajenos. Y si esto fuera posible, no podría ocultar mi sorpresa: ¿en realidad soy así?”. El efecto fue el mismo: no pude evitar recordar un poemínimo que escribí hace dos décadas: “Ayer me asomé al espejo. Grave. Nunca supe de cuál lado quedé”. El aforismo fue, nuevamente, un detonante, un gatillo que disparó el oleaje del pensamiento, y los tsunamis del pensamiento mediante aforismos suelen traer en su marejada crustáceos, moluscos y uno que otro náufrago sediento de nuevas playas, nuevos terrenautas o, al menos, idólatras.

¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Por qué estos detonantes aparecen a cada momento trayendo al banquete de la lectura viandas en cápsulas a la manera de *Un mundo feliz* de Huxley? Y, ¿por qué la aparente lectura desordenada que hice del libro? La clave está en los dos centenares de páginas de aforismos y en la naturaleza del género: el aforismo es una unidad en sí misma, es “redondo” y, en cierta forma, hierático; pero abierto inexorablemente a múltiples interpretaciones; asimismo, es tan monemático que no tiene la pretensión de ligarse con el siguiente

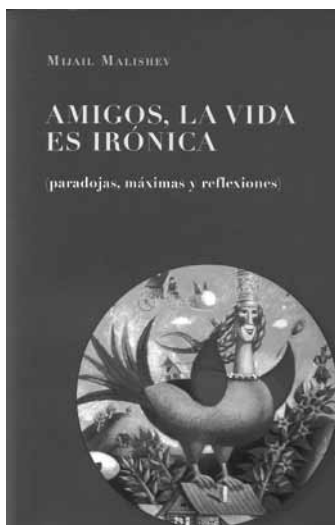
aforismo —o con el anterior—, porque su efectividad radica en su cortedad, en su carácter efímero. Es como el tipo de poemínimo que se piensa para torcer, para dislocar el sentido y hacer de la metáfora ironía, sin caer al precipicio de la propagandística frase célebre. Por eso, cuando el lector tenga en sus manos este libro, *Amigos, la vida es irónica*, podrá leerlo desde el inicio hasta el fin, desde el fin al inicio o desordenadamente, hacia delante y hacia atrás, hacia arriba o hacia abajo. Esta peculiaridad, sumada a las anteriores, hace inadmisibile la comparación entre un libro de aforismos y cualquier otra producción intelectual. Vamos, ni siquiera —por citar un ejemplo— puede comparársele con la originalidad propuesta para leer *Rayuela* de Cortázar, ni con un libro de frases célebres, porque no se trata de creación literaria ni de reflexiones sobre la cotidianidad surgidas de un chispazo inteligente. A momentos parece el producto de una tortura aplicada a un tema al que se le pincha, se le tuerce la mano, se le aplica presión por doquier para extraerle la médula de manera reflexiva y original, diferente y poética. Es como si el aforista fuese un arquitecto que estuviese creando sobre el restirador, o un artista que, construyendo nuevos sentidos reflexivos sobre cosas viejas, se empeñase por hacer, en su lúdico divertimento tortuoso, una especie de filosofía poeminizada. Y créanlo, el oxímoron, “lúdico divertimento tortuoso”, no está lejos del quehacer aforístico ni de lo que éste implica. Que si lo sabré yo, que pretendiendo —otrora— hacer filosofía poeminizada sólo he podido producir poemiseria de la filosofía.

Luego de estas palabras me veo obligado a aclarar que la lectura de *Amigos, la vida es irónica* no es lo mismo que acometer la *Estampida de poemínimos* de Efraín Huerta o los haikus de José Juan Tablada, dicho sea esto sin el menor ánimo de comparar o menospreciar a estos poetas connacionales, porque el aforismo es diferente del poemínimo o el haiku, a pesar de que todos

ellos comparten el encanto de la brevedad; sin embargo, media la distancia de la profundidad. Pueden, eventualmente, compartir la chispa adicional de la ironía, del sarcasmo, de estructuras sintácticas engañosas que, en apariencia, son sólo retruécanos. En cualquier caso, las combinaciones aforísticas son sorpresivas y azorantes y, en el mejor de los homenajes al autor del aforismo, reitero que son fuente, a su vez, de reflexión. En la peor de las circunstancias, es un espejo para mirar nuestras angustias, mezquindades propias y ajenas, imposibilidades, ucronías, cronolatrías, distopías y otros fantasmas que bailan y se dan la mano con las maravillas de nuestra existencia.

Malishev es un crítico corrosivo a momentos (la profundidad de su pensamiento no riñe con la ironía), a ratos un irremediable romántico, a veces un existencialista que puede reírse de sí mismo y de los demás. Es, también un crítico de la mediocridad, del conformismo, de la deshonestidad, casi tanto como un utopista que sueña con una idea del hombre alimentada de valores, de perfectibilidad (de ahí las críticas inmisericordes a las debilidades y a las inconsecuencias). Es, más que un voluntario trasterrado —y un desencantado del mundo, de la vida y de la sociedad—, un utopíolatra que nos dice: “Quien no espera nada del futuro, no le queda más que la monotonía del presente o la nostalgia de los acontecimientos placenteros del pasado”, como recordándonos que la vida se vive para adelante y que la vida sin sueños, sin utopías, es como una mortaja que renovamos a cada instante, porque la muerte ya se nos enraizó en la médula del espíritu; empero, no está todo perdido, porque “quien diga que ya nada espera y sin embargo, se siente desilusionado, se siente a sí mismo”, al menos, porque el acíbar de la vida sólo llega al alma cuando se presiente la miel en lo que está por venir, aunque le sea inasequible.

La obra de Malishev tiene diversos actantes, algunos de ellos abiertamente esperpénticos. La



Mijail Malishev, *Amigos, la vida es irónica (paradojas, máximas y reflexiones)*, Toluca, UAEM, 2011.

diversidad bien puede evocarnos —sin abandonar la tesis aforística— *La comedia humana*, sin las pretensiones de Balzac. A través de ella se dibuja un arcoíris de tipos humanos tratados con amor o con la fusta de su pluma (¡vaya anacronismo!), con amargura o lúdicamente, con una variedad impresionante de recursos a los que puede apelar la imaginación y la creatividad. Así, el pusilánime es fustigado o ridiculizado, y el cobarde, exhibido; el cándido, el soñador y el iluso son advertidos; el medroso, el cobarde y el conformista son recompensados con el desprecio, el sarcasmo o la sátira. La lista es demasiado larga para describirla.

Hay otra constante a lo largo y ancho de este tropel aforístico: el tiempo. Se trata de múltiples referencias a esa categoría, en tanto herramienta filosófica, y a los tiempos, en tanto accidentes gramaticales. Y el tiempo aparece atravesando la naturaleza humana, invariablemente, como indicándonos que sólo tiene sentido en tanto tiempo humano (¿Acaso no es así? ¿Acaso el tiempo en tanto constructo-concepto, existió antes del hombre y fuera del hombre, por ejemplo, en un Dios antecesor o creador de todo?).

En tanto continente de la acción humana, apenas le requiere algunas referencias; en cambio,

como accidente da paso a las preteridades, futuridades, presentidades... y a las pluscuamperfectidades; pero también es posible entender al tiempo como un artífice del sino humano, y entonces es un brujo que “retarda el dolor, reduce la felicidad y hace fracasar los pronóstico más confiables”, o “un maestro [que] nos hace apreciar el instante, nos advierte de las fallas de la razón y nos ofrece sorpresas”. En tanto actante, el propio tiempo posee voluntad y puede transformar “al patito feo en un cisne gracioso, pero también [...] en un cuervo encorvado”. Igual naturaleza puede conferirle al tiempo en tanto accidentes gramaticales, y entonces “el futuro es mientras que será; el pasado es en tanto que fue; sólo el presente es, porque, al devorar incesantemente lo que todavía no es y al desecharlo en lo que ya no es, se constituye como un ser, tendido entre esos dos abismos del no ser”. Sólo mediante múltiples recurrencias a la prosopopeya —entre diversos tropos más— podría lograrse el impacto con que intermitentemente se estimula en el lector la capacidad de asombro.

Otro tema recurrente es el pluscuamperfecto, pero no el del indicativo, saturado de certeza sobre algo que ya no existe, dicho y visto desde una presentidad fugaz. Al inicio aparece como un leitmotiv que bien pronto hace mutis para luego dar paso a otros temas, como Dios, por ejemplo. Ese tiempo del subjuntivo, donde se encuentran acciones hipotéticas o no realizadas, imposibles, consejos casi siempre a destiempo y, entre otras utopías, se convierte en otro motivo para la ironía: “El pluscuamperfecto agudiza el absurdo de la mala suerte, pero desprestigia el misterio del destino”. El ‘hubiera’ adquiere una dimensión diferente e incluso con mayores matices que las que recuperó Hobsbawn: es el tiempo para acurrucar el arrepentimiento, la casualidad no deseada o lo irrealizado desde un presente nostálgico, recriminante: “El pluscuamperfecto libera nuestro pasado del fatalismo, pero nos hace rehenes de las posibilidades perdidas”. ¿Qué haríamos

sin ese tiempo tan útil para la ilusión, para la nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue? Quizá, usando las mismas palabras —dislocadas— de un aforismo, Dios tendría que crearnos de nuevo para dotarnos de una memoria menos potente y de un chip con instrucciones de auto-destrucción del “pluscuamperfecto, generador de la culpa y la vergüenza”.

Dios también recibió invitación a esta pasarela humana. No podía faltar semejante creación humana y, como tal, imperfecta (Malishev, hay que decirlo, lo propone en sentido diferente); por eso los sarcasmos en torno de los errores de su creación y, por ende, su imperfección; por eso ese abierto antiteologismo y su antiteísmo que puede confundirnos y hacernos creer que el autor es un ácrata, aunque es innegable que proviene de un pensamiento con tintes de libertario. En efecto, a momentos pareciera estar proponiendo la idea de que Dios es —y ha sido— una excelente hipótesis y un excelente auxiliar para distanciar lo posible (Dios lo es) y lo probable (nadie ha probado su existencia). Además de Dios y sus predicadores, el poder y sus detentadores, el gobierno y las autoridades, los cínicos y los deshonestos, entre otros tipos humanos y uno que otro adefesio, han terminado como ingredientes de un banquete tanto para placeres sibaríticos como para espíritus con ansias de vuelo.

Uno, como lector, bien puede hacer caso a las primeras ideas de la introducción e intentar aprender algunos aforismos, algunas máximas para convertirlas en frases citables en reuniones de amigos y sorprender con la erudición adquirida a la vez que exaltar la propia fatuidad; pero la mejor recompensa no estará en el asalto sorpresivo contra los interlocutores en el coloquio de sobremesa o de pasillo, estará en la probabilidad de volver a leer, volver a pensar y descubrirse con nuevas ideas. O bien, puede caer en la tentación de hacer epígrafes o epitafios con alguna reflexión de Malishev; pero debe estar advertido de que más de algún aforismo hará languidecer

—o irritar— nuestro ego, y puede convertirse en el catafalco temporal de nuestra sagacidad. A propósito, a momentos, imagino el suplicio que le habrá significado más de algún aforismo al autor, en ese afán de querer decir mucho en sintagmas reducidos y la sonrisa que le habría dejado su conclusión. Pero también lo imagino escuchando las interpretaciones que harán los demás de sus perlas reflexivas y cuasipoéticas algunas de ellas (algunas otras francamente poéticas); lo imagino con otra sonrisa y con un nuevo rostro de sorpresa, descubriendo en los otros lo que él mismo nunca imaginó. A eso también se arriesga el aforista.

Mijail Malishev es un filósofo, aunque de aforismo en aforismo más parece antropólogo. Comprenderlo es sencillo si concedemos que la antropología es una filosofía que ha focalizado su atención en el hombre y lo humano. Pues bien, el libro que nos ofrece rebosa de hombre y de humano. Pero si no queremos mirarlo así, permítaseme agregar que en cualquier caso, con el libro frente a los ojos, la gimnasia mental es inevitable y si la gimnasia se acepta como una metáfora burda de los juegos y rejuegos de significantes y significados, podemos pensar el libro como un manual de ejercicios sin reglas ni indicaciones, que permite cualquier género de movimientos del pensamiento, donde la única instrucción —que por cierto nadie dará, ni dio— es mantener a toda costa la libertad de imaginar, la libertad de pensar. Y “no tema pensar [nos dice Malishev], de esto nadie se muere. Quizá pueda dolerle la cabeza, pero es por falta de uso”.LC

REFERENCIA

Mijail Malishev (2011), *Amigos, la vida es irónica (paradojas, máximas y reflexiones)*, Toluca, UAEM.

HILARIO TOPETE LARA. Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.